

Jean Lojkin. *La clase obrera, hoy*; primera edición en español, Siglo Veintiuno editores, México, 1988, 191 pp.

Editado en francés en 1986, *La clase obrera, hoy*, libro de J. Lojkin —autor ya conocido en nuestro medio por su libro "El marxismo, el estado y la cuestión urbana"—, se publica dos años después en español por Siglo Veintiuno editores. Las razones no quedan claras, pues se trata de un trabajo sumamente particularista respecto de las circunstancias francesas en su contenido, fundamentalmente porque poco aporta al conocimiento general —universal—, en la medida que su análisis se produce al interior de un paradigma demasiado limitado, plenamente ortodoxo, quizá atractivo para quienes, dentro de esa corriente, están acostumbrados a los textos esotéricos. Sin embargo, el autor nos convoca a la lectura, con todo el esfuerzo que ello implica, de una manera por lo demás pretenciosa: "¿No valdrá la pena —nos pregunta a los lectores— el futuro del movimiento revolucionario y del concepto de clase obrera?" (p. 9)

Los temas que trata el libro son de lo más interesantes: de cómo la informatización de la producción modifica el trabajo obrero, agrava las contradicciones entre productividad y organización, y hace estallar las viejas identidades. Se abordan

también las cuestiones de los trabajadores "productivos" e "improductivos", de los obreros y los cuadros; de la conciencia proletaria y la conciencia política, de la autonomía y la autogestión, de la política, la democracia, las instituciones, el presidencialismo, el Estado.

Armado con el paradigma marxista clásico, y abierto a los estudios empíricos franceses, el autor evalúa el impacto de la nueva revolución tecnológica sobre la clase obrera y su movimiento.

No obstante, el objetivo de la investigación no es el estudio de las circunstancias concretas sino la reafirmación del paradigma, ajustado a esas circunstancias. Un siglo después —se pregunta Lojkin— ¿acaso no se enfrenta al mismo dilema el movimiento revolucionario que busca el aval del marxismo?" (p.13). Otros estudiosos —y sólo se menciona a Daniel Bell— son descalificados por no marxistas y, con ello, se rompe el diálogo con los demás para únicamente dar lugar a lo que ayuda a sostener el aval deseado.

Así, lo que muere no es la clase obrera, sino la división entre trabajadores manuales e intelectuales: "contrariamente al mito, la clase obrera no ha desaparecido, más bien se ha extendido", en fin, "la revolución de la información no acaba pues con la clase obrera, sino con una concepción estrecha de la clase obrera".

La informatización de la producción ha creado a una nueva clase obrera que ha desplazado al obrero profesional —metalúrgico—, de la función central de organización y dirección del movimiento, que éste desempeñó durante la primera mitad del siglo XX.

De esta forma se logra rescatar, modificada, la piedra angular del paradigma: la clase obrera, sujeto revolucionario con una misión histórica. Claro está que las transformaciones en su identidad y en su fisonomía también modifican su quehacer histórico-político pero, una vez definida como sujeto, lo demás ya no es problema, sólo queda por descubrir el camino que deberá seguir. Es más, desde esta perspectiva las circunstancias son favorables.

En efecto, al ampliarse la clase obrera por efecto de la informatización, se diluye la división entre trabajadores intelectuales y manuales, entre obreros y empleados y, si bien se mantiene la división entre "productivos e improductivos", otras circunstancias —como la crisis y la desaparición de sectores enteros de la economía— crean un continuo entre los obreros y el resto de los asalariados. El problema es "¿por qué esos asalariados no se reconocen en la clase obrera?"

Como en todo proceso, viene la dialéctica en nuestra ayuda. La conciencia de clase y la historia de la lucha hacen posible re-

puperar aspectos importantes para el combate de hoy, siempre y cuando se desechen otros, y los más se ajusten a las presentes circunstancias para impulsar una nueva manera de hacer política.

Dos son las tradiciones que, ajustadas y modificadas, se pueden potenciar: la autogestión en las empresas y la autogestión en los municipios; ambas como alternativas a la crisis de la gestión patronal, y a la crisis de la democracia republicana, respectivamente.

La proposición fundamental de Lojkin es la autogestión obrera como la vía principal para intervenir, impedir el monopolio de la gestión a la dirección de la empresa, posibilitar técnicamente la participación de cualquiera, modificar los viejos roles culturales para inducir la expresión de todos los puntos de vista, acercar a los obreros con los cuadros y superar las tradicionales fronteras; al mismo tiempo, dar una dimensión política a la lucha autogestionaria, llevarla a los niveles municipales y regionales, para modificar las interrelaciones entre lo económico, lo social y lo político, y ser capaces de construir, desde abajo —desde la democracia directa—, un poder de asedio a la torre estatal, una reconversión de sus formas —incluyendo la presidencialista— en un sentido que apoye al creciente poder del "pueblo constituido en municipios" cuyo sufragio

universal no hará sino ratificar las decisiones (p. 187).

En síntesis, la informatización de la producción ha creado una nueva clase obrera que ha desplazado al obrero metalúrgico de la dirección del movimiento. "Para arrastrar con ella al sector asalariado, la nueva clase obrera *debe* ofrecer, ella misma, una imagen de su propio rebasamiento". "La vía autogestionaria ya no es ahora un lujo o una utopía, es la única vía posible en los países capitalistas desarrollados donde la dominación se ejerce cada vez más por el consentimiento, y cada vez menos por la fuerza".

Así, frente al derrumbe de sectores enteros de la economía, "la clase obrera no puede limitarse a defender sus conquistas sociales; habrá que construir, 'caso por caso', nuevos criterios de gestión y nuevas solidaridades interempresas". "Sin embargo —concluye—, por ello mismo, las discrepancias obreros/cuadros, obreros/empleados, "productivos"/"improductivos" deben ser superadas si se quiere hacer de la batalla por una nueva gestión

un asunto de todos los asalariados. El final de la "fortaleza obrera" ya no puede remitirse entonces a la "gran noche": es inmediatamente, aquí y ahora, cuando deben comenzar a ser superadas la delegación del poder y la imagen de una clase obrera dominada por el antiguo obrero profesional de la metalurgia" (pp. 169-170).

Juzgue el lector y atrevase a ver la llegada del viejo Prudhon en ayuda de Marx, el principio federativo desplazando a los metalúrgicos para que la nueva clase obrera pueda dirigir al resto de los asalariados, asediar al presidencialismo y construir desde abajo —mientras "se pudre en pie la vieja sociedad"—, un nuevo proyecto social fincado en la democracia directa, autogestionaria, capaz de recompensar nuevas identidades y nuevos valores.

Un libro que enfrenta al mito de la desaparición de la clase obrera con el mito de la misión histórica de la clase obrera termina con un *deber ser*, sólo sostenido por la fe. ROBERTO BORJA.